

Felicidad se amansó, al ver la indignación de las dos mujeres, comprendiendo que estremaba las cosas.

—Pero, cordera mía, si no soy yo quien dice esas atrocidades. Yo no hago más que repetirte las paparruchas que corren por ahí, para que comprendas que Pascual hace mal en no tener en cuenta la opinión pública... ¿El cree haber encontrado una nueva medicina? ¡Santo y bueno! Hasta doy de barato que va á curar á todo el mundo, como espera. Pero ¿á qué esos misterios? ¿á qué no hablar alto? ¿á qué, sobre todo, no ensayar el remedio más que en esa chusma del barrio antiguo y del campo, en vez de tratar de conseguir curas brillantes, que le diesen honra, entre las personas distinguidas de la población?... No; convéncete, corderita mía: tu tío nunca ha sabido hacer nada como los demás.

Hablaba en tono compungido y bajando la voz, al descubrir esa llaga secreta de su alma.

—¡A Dios gracias, no son hombres de mérito lo que falta en nuestra familia! Mis otros hijos me han dado bastantes satisfacciones. ¿No es verdad? Tu tío Eugenio ha subido á regular altura; ministro durante doce años,

¡casi emperador! ¡Y tu mismo padre ha manejado buenos millones é intervenido en trabajos de bastante cuantía, que han cambiado la faz de París! ¡No digo nada de tu hermano Máximo, tan rico, tan distinguido; ni de tus primos Octavio Mouret, uno de los conquistadores del nuevo comercio, ni de nuestro querido padre Mouret, todo un santo!... ¿Por qué razón Pascual, que hubiera podido seguir las huellas de todos, vive metido en su concha, como un viejo raro, medio lunático?

Y al ver que la joven se sublevaba de nuevo, la tapó la boca con un ademán cariñoso.

—¡No, no! Déjame acabar... Ya sé yo que Pascual no es tonto, que ha hecho trabajos notables, y que sus mensajes á la Academia de Medicina le han conquistado una reputación entre los sabios.... ¿Pero eso tiene comparación con lo que yo soñaba que alcanzase? ¡Sí! Toda la clientela de viso de la ciudad, una cuantiosa fortuna, la condecoración; en fin, honores, una posición digna de la familia... ¡Ah! Eso, eso es lo que me duele: que no es, que no ha querido ser de la familia. Ya se lo decía yo cuando era chiquito: “¿Pero á quién sales tú? ¡Tú no eres de los nuestros!”, Yo, por mi parte, se lo he

sacrificado todo á la familia; yo me dejaría hacer pedazos para que la familia fuese siempre grande y gloriosa.

La mujercilla se erguía hasta crecerse á impulsos de la única pasión de goce y orgullo que había llenado su existencia. Pero, volviendo á reanudar su paseo, se sobresaltó de pronto, al ver en el suelo el número de *El Tiempo* que había tirado el doctor, después de cortar el artículo para unirlo al legajo de Saccard; aquella ventana que veía abierta en medio de la hoja, le bastó, sin duda, para comprender, porque se paró de repente y se dejó caer en una silla, como si supiese al fin lo que había ido á averiguar.

—A tu padre le han nombrado director de *La Epoca*—exclamó bruscamente.

—Sí—contestó con calma Clotilde—me lo ha dicho el doctor. Venía en el periódico.

Felicidad la miraba de hito en hito con inquietud, porque aquel nombramiento de Saccard, aquella afiliación á la república era una cosa enorme. Después de la caída del imperio, Saccard se había atrevido á volver á Francia, á pesar de su condena como director del Banco Universal, cuyo gigantesco cataclismo precedió al del régimen. Por lo visto, habían mediado nuevas influencias,

toda una intriga increíble para volver á ponerlo á flote. No sólo había conseguido el indulto, sino que andaba metido otra vez en pingües negocios, engolfado en el periodismo y sacando tajada de todos los chanchullos. Y volvía á la memoria el recuerdo de las antiguas disensiones entre él y su hermano Eugenio Rougon, á quien había comprometido tantas veces, y á quien, quizá por una ironía de las vicisitudes de este mundo, iba á proteger, ahora que el antiguo ministro del imperio no era ya más que un simple diputado, resuelto á defender al amo caído con la misma obstinación que distinguía á su madre en la defensa de la familia. Felicidad obedecía aún dócilmente las órdenes del hijo mayor, que era el águila, abatido y todo; pero Saccard, hiciera lo quisiese, le atraía también por su indomable sed de éxitos; y estaba orgullosa asimismo de Máximo, el hermano de Clotilde, que después de la guerra había vuelto á instalarse en su hotel de la avenida del Bosque de Bolonia, donde se comía la fortuna que su mujer le había dejado, hecho una persona formal, con toda la cordura de un hombre que no tiene hueso sano y anda escurriendo el bulto á la insidiosa parálisis.

—Director de *La Epoca*...—repitió Felicidad.—Es una verdadera posición de ministro la que ha conquistado tu padre... Y me olvidaba decirte que he escrito á tu hermano para que se decida á venir á vernos. Eso le distraería, le sentaría bien. Luego está ahí ese chiquillo, ese pobre Carlos...

No insistió. Era otra de las úlceras que torturaban su orgullo: un hijo que había tenido Máximo, á los diez y siete años, de una criada y que ahora era un mozo de quince, flaco de mollera, medio lelo, el cual vivía en Plassans, rodando de casa en casa, á costa de todos.

La abuela volvió á esperar un instante, aguardando una reflexión de Clotilde, una transición que le permitiese ir á parar á lo que quería. Cuando vió que la joven, engolfada en el arreglo de sus papeles, no daba luz, se decidió á atropellar por todo, después de dirigir una ojeada á Martina, que seguía cosiendo la butaca, como muda y sorda.

—¿De modo que tu tío ha cortado el artículo de *El Tiempo*?

Clotilde sonreía tranquilamente.

—Sí, lo ha metido en los legajos. ¡Ah! ¡La de apuntes que enterrará ahí dentro! Los nacimientos, las defunciones, los incidentes

más insignificantes de la vida, todo va á parar ahí. Y también está el árbol genealógico, ¿sabe V.? ¡nuestro famoso árbol genealógico que lleva él muy al corriente!

Los ojos de la vieja se habían inflamado. Miraba fijamente á la muchacha.

—¿Conoces tú esos papeles?

—¡Oh, no, abuela! No me habla nunca de ellos, y me prohíbe que los toque.

La abuela no la creía.

—¡Vaya! Teniéndolos á tu alcance ya los habrás leído.

Clotilde, sonriendo de nuevo, respondió con su sencillez y su serena rectitud:

—¡No! Cuando el doctor me prohíbe una cosa, sus razones tendrá, y no la hago.

—¡Pues mira, hija mía!—exclamó impetuosamente Felicidad, cediendo á su pasión.

—¡Ya que Pascual te quiere tanto, y quizá á ti te oyese, deberías suplicarle que lo quemase todo, porque si llegara á morir y se descubrieran los horrores que guarda ahí dentro, todos nosotros quedaríamos deshonorados!

¡Ah! ¡Aquellos abominables papeles los veía ella de noche, en sus pesadillas, delatando en letras de fuego las verídicas historias de la familia, sus macas fisiológicas, to-

do aquel reverso de sus grandezas, que la anciana hubiese querido sepultar para siempre con los antepasados ya difuntos! Sabía que el doctor concibió la idea de reunir aquellos documentos, desde el principio de sus grandes estudios sobre la herencia, que había llegado á tomar á su propia familia como ejemplo, al advertir los casos típicos que presentaba en apoyo de las leyes descubiertas por él. ¿No era un terreno de observación naturalísimo, un terreno que tenía al alcance de su mano, que conocía á fondo? Y con la desenvoltura y despreocupación del sabio, treinta años hacía que acumulaba acerca de los suyos los informes más íntimos, recogiénolo y clasificándolo todo, para trazar aquel árbol genealógico de los Rougon-Macquart, á que servían de llano comentario, atestado de pruebas, los voluminosos legajos de papeles

— ¡Ah, sí! — continuaba vehementemente la viuda de Rougon — ¡al fuego, al fuego todos esos papeluchos que nos mancharían!

Y como la criada se levantase para salir, viendo el sesgo que tomaba la conversación, la detuvo con un ademán rápido.

— ¡No, no! ¡Quédese, Martinal! No está V. demás, puesto que es de la familia ahora,

Y siguió con voz sibilante:

— ¡Un atajo de falsedades, un montón de chismes, todas las mentiras propaladas tiempos atrás por nuestros enemigos, irritados de nuestro triunfo!... ¡Figúrate, hija mía! ¡Sobre todos nosotros, sobre tus padres, sobre tu hermano, sobre mí tantas infamias!

— ¡Infamias, abuela! Pues, ¿cómo lo sabes tú?

Felicidad se turbó un instante.

— ¡Toma! ¡Como si lo viera!... ¿Qué familia no ha tenido desgracias que se pueden interpretar mal? Ahí tienes, si no, á la madre de todos nosotros, á nuestra querida y venerable Dide: ¿no está hace veintiún años en el Asilo de Dementes, en las Tulettes? Si Dios le ha concedido la merced de dejarla vivir hasta la edad de ciento cuatro años, la ha afligido bien cruelmente privándola de la razón. Claro que eso no es para avergonzarse; pero lo que me saca de tino, lo que no se puede tolerar es que se diga en seguida que todos nosotros estamos locos... ¿Y tu tío Macquart? ¡Otro que ha sido víctima de murmuraciones deplorables! Macquart ha tenido sus faltas: no lo defiende. Pero ¿no vive hoy ejemplarmente en su finquita de

las Tulettes, á dos pasos de nuestra desgraciada madre y velando por ella como un buen hijo?... En fin, ¡oye! el último ejemplo. Tu hermano Máximo cometió una falta enorme cuando tuvo á ese pobre Carlitos de una criada, y no hay que negar tampoco que la desgraciada criatura tiene la cabeza poco firme. Pero aunque así sea, ¿te dará gusto si vienen á contarte que tu sobrino es un ser degenerado, que reproduce al cabo de cuatro generaciones á su tatarabuela, á la excelente señora, en cuya compañía tanto disfruta él cuando le llevamos á visitarla?... ¡No! ¿Qué familia hay posible, si empieza uno á desmenuzarse todo, los nervios de éste, los músculos de aquél? ¡Es para quitar las ganas de vivir!

Clotilde la escuchaba en pie atentamente. Se había quedado muy seria, con los ojos bajos y los brazos caídos. Tras un silencio, dijo con lentitud:

—La ciencia, abuela.

—¡La ciencia! —exclamó Felicidad corriendo otra vez.— ¡Está buena esa ciencia que va contra todo lo más sagrado que hay en el mundo! ¡Cuando lo hayan demolido todo, medrados quedarán!... Matan el respeto, matan la familia, matan á Dios...

—¡Oh! ¡No diga V. eso, señora! —interrumpió dolorosamente Martina, cuya estrecha devoción pasaba un suplicio.— ¡No diga V. que el señorito mata á Dios!

—Sí, desgraciada, sí, lo mata... Y adviertan Vds. que, si se mira á la religión, es un crimen dejarle condenarse de esa manera. Vds. no le quieren, ¡se lo digo en serio! No, no le quieren, cuando, teniendo la suerte de creer, no hacen nada para traerle al buen camino... ¡Ah! ¡Yo, en lugar de Vds., partiría ese armario á hachazos, y haría una magnífica hoguera con todas las blasfemias contra Dios que contiene!

Se había plantado delante del inmenso armario, y lo media con su mirada de fuego como para tomarlo por asalto, saquearlo y aniquilarlo, á pesar de la endebles de su cuerpecillo, consumido por la decrepitud. Luego añadió, con un gesto de desdén irónico:

—Y, por fin, ¡si por la tal ciencia pudiese saberlo todo!

Clotilde, abstraída, con la mirada vaga, repuso á media voz, como si se hablase á sí misma:

—Es verdad: no puede saberlo todo... Siempre hay un más allá... Eso es lo que me

contraria, lo que nos hace disputar á veces, porque yo no puedo echar á un lado el misterio, como lo echa él; al contrario, me preocupa hasta atormentarme... Más allá de este mundo, todas las energías que quieren y obran en la sombra pavorosa, todas las faerzas desconocidas...

Su voz, más apagada cada vez, había de generado en un vago murmullo.

Entonces intervino á su vez Martina, cuyo semblante se nublaba hacia un momento.

—Pero, señorita, ¿si fuese verdad que el señor se condenase por esos malos papeles! Diga V., ¿lo íbamos á permitir?... Ya sabe que si á mí me mandase tirarme por la terraza, cerraría los ojos y me tiraría de cabeza, porque sé que siempre tiene razón. Pero, por su salvación, ¡oh!, si yo pudiese, trabajaría por eso, á pesar suyo. ¡Si! Le obligaría por todos los medios; me aflige demasiado pensar que no estará en el cielo con nosotras.

—Así se habla, hija mía—aprobó Felicidad.—V., al menos, sabe querer á su señor.

Clotilde parecía aún indecisa entre ambas. Su fe no se doblegaba á la regla estricta del dogma; su sentimiento religioso no se materializaba en la esperanza de un paraíso, de un lugar de delicias, donde cada cual debía

encontrarse con los suyos. Su fe se reducía á la exigencia de un más allá, á la certidumbre de que el vasto mundo no se encierra en la sensación, de que existe otro mundo inmenso, desconocido, que es menester tener en cuenta. Pero aquella anciana tan respetable y aquella criada tan leal aumentaban las zozobras que sentía por cariño á su tío. ¿No era mayor, no era más cuerdo y razonado el afecto de ellas, puesto que lo querían ver sin mancha, libre de sus manías de sabio, lo bastante puro para figurar entre los elegidos? Acudían á su memoria frases de libros devotos: representábase la continua lucha empeñada con el espíritu del mal, la gloria de las grandes conversiones. Después de todo, ¿si acometiese la santa obra; si, á pesar de sí mismo, le salvara! Y poco á poco iba exaltándose su espíritu, propenso de suyo á las aventureras empresas.

—Naturalmente—acabó por decir—yo me alegraría mucho de que no se devanase los sesos amontonando esos papeles y fuese á la iglesia con nosotras.

Viéndola á punto de ceder, la viuda de Rougon encareció la necesidad de obrar, y Martina echó todo el peso de su innegable influencia. Las dos se habían acercado.

aleccionaban á la joven, bajando la voz, á propósito de aquella trama, de donde había de surgir un beneficio milagroso, una alegría divina que embalsamaría la casa entera. ¡Qué triunfo conciliar al doctor con Dios! ¡Y qué dulzura después vivir juntos en la comunión celeste de una misma fe!

—En fin, ¿qué debo hacer?—preguntó Clotilde, vencida y entregada.

Pero en aquel punto, en medio del silencio, se oyó más claramente el ritmo continuo del mortero del doctor. Y Felicidad, ya victoriosa, dispuesta á hablar, volvió la cabeza con inquietud, mirando un instante á la puerta de la pieza contigua. Después interrogó á media voz:

—¿Sabes dónde está la llave del armario?

Clotilde no respondió. Se limitó á indicar con un gesto su repugnancia á hacer traición á su tío.

—¡Qué niña eres! Yo te juro no coger ni desarreglar nada siquiera... Pero, ya que estamos solas, ¿eh?, y sabiendo que Pascual no sale nunca antes de la comida, ¿quién nos priva de cerciorarnos de lo que hay ahí dentro?... ¡Oh! ¡Un vistazo nada más! ¡Cuando yo te lo digo!...

La muchacha, inmóvil, seguía sin ceder.

—Además, puede que yo me engañe, y no haya, ni remotamente, nada de lo que he dicho.

Fué una insinuación decisiva. Clotilde corrió á sacar la llave del cajón, y ella misma abrió el armario de par en par.

—¡Ahí tiene, abuela! Los legajos están arriba.

Martina, sin decir una palabra, había ido á apostarse á la puerta del cuarto, con el oído atento al ruido del mortero, mientras Felicidad, como clavada en el suelo por la emoción, miraba los papeles. ¡Allí estaban, por fin, aquellos legajos terribles, aquella pesadilla que envenenaba su existencia! ¡Los veía! ¡Iba á tocarlos! ¡Iba á llevárselos! Y enderezaba las piernecillas, empinándose ansiosamente.

—Están demasiado altos, pichona. ¡Ayúdame, dámelos!

—¡Oh! ¡Eso sí que no, abuela!... Coge una silla.

Felicidad cogió una silla y subió ágilmente. Pero aún estaba muy baja. Estirándose con esfuerzos inauditos, se crecía hasta tocar con la punta de las uñas las cubiertas de recio papel, y paseaba por ellas los dedos crispados como si fueran zarpas que araña-

sen. De repente se oyó un estrépito; era un ejemplar geológico, un pedazo de mármol que había en una tabla inferior y que la abuela acababa de tirar.

Al punto paró el mortero, y Martina murmuró con voz ahogada:

—¡Cuidado, que viene!

Pero Felicidad, bregando como una desesperada, seguía sin oír ni soltar su presa, cuando entró Pascual precipitadamente. Había creído que sería algún accidente, alguna caída, y se quedó atónito al ver aquello: su madre encima de la silla, con el brazo levantado aún; Martina apartada un trecho, y Clotilde de pie, muy pálida, esperando, sin desviar los ojos. Cuando el doctor adivinó lo que pasaba, se puso más blanco que la cera, presa ya de una cólera terrible.

La madre no se alteró lo más mínimo. Viendo perdida aquella coyuntura, bajó de la silla, sin decir una palabra de la faena en que la había sorprendido su hijo.

—¡Calla! ¿Eres tú? No quería estorbarte... Había venido á dar un abrazo á Clotilde; pero ya va á hacer dos horas que estoy de charla, y me voy corriendo. Me esperan en casa; á estas fechas estarán sin saber lo que es de mí... ¡Hasta el domingo, que nos veremos!

Se fué tan tranquila, después de dirigir una sonrisa á su hijo, que había permanecido mudo y respetuoso en su presencia. Era la actitud que había tomado hacia tiempo, para evitar una explicación cruel, que temía siempre. Conocía á la anciana; quería perdonárselo todo, con la amplia tolerancia de un hombre de ciencia que no perdía de vista el influjo de la herencia, del medio y de las circunstancias. Y, por último, ¿no bastaba que fuese su madre? Porque, en medio de los tremendos golpes que sus investigaciones asestaban á la familia, siempre había conservado á los suyos acendrado cariño.

Apenas había salido la madre, estalló su cólera sobre Clotilde. Había apartado los ojos de Martina, y los tenía fijos en la joven, la cual sostenía la mirada con la valentía del que acepta la responsabilidad de sus actos.

—¡Tú, tú!—exclamó al fin.

La había cogido del brazo, y la apretaba hasta hacerla gritar. Pero ella seguía mirándole de frente, sin cejar un momento, con la voluntad indomable de su personalidad, de su pensamiento propio. Tan delgada, tan arrogante, con su larga blusa negra, estaba hermosa é irresistible; y su exquisita blancura, su frente recta, su delicada na-

riz, su enérgica barba, adquirirían como un marcial hechizo á impulsos de su rebelión.

—¡Tú, á quien yo he formado; tú, que eres mi discípula, mi amiga, mi segundo pensamiento; tú, á quien he dado algo de mi cerebro y de mi corazón! ¡Ah! ¡Yo hubiese debido guardarte por entero para mí solo, sin dejar que se me llevara lo mejor de ti el necio de tu Dios!

—¡Señor, mire que blasfema!—exclamó Martina, que se había acercado para atraer sobre sí parte de la cólera del amo.

Pero no la veía siquiera. Para él no existía más que Clotilde. Y la pasión le transfiguraba hasta el punto de que aquel bello semblante, orlado de canas, rebosaba fogosa juventud, inflamado por la exasperación de un inmenso cariño herido. Todavía se contemplaron de esa suerte un instante, sin ceder ninguno de ellos ni apartar sus ojos del otro.

—¡Tú! ¡Tú!—repetía él con voz trémula.

—¡Sí, yo!... ¿Por qué no he de quererte tanto como tú á mí? ¿Y por qué, si te creo en peligro, no he de salvarte? ¡A ti te preocupa mucho lo que yo pienso, y querías obligarme á pensar como tú!

Jamás se había encarado con él de esa manera.

—¡Pero si eres una criatura! ¿Tú que sabes?

—¡No; soy un alma, y de eso no sabes tú más que yo!

Soltó el doctor su brazo, miró hacia el cielo con vaga expresión, y reinó un extraordinario silencio, henchido de pensamientos graves á propósito de la inútil discusión que no quería entablar. Fué á abrir con ímpetu la ventana de en medio, porque el sol declinaba é invadían la sala las sombras. Después volvió.

Pero Clotilde, ansiosa de aire y de espacio, se dirigió á la ventana abierta. Había cesado la ardiente lluvia de brasas, y no se sentía ya más que el último estremecimiento del cielo caldeado que empezaba á palidecer; del seno aún ardoroso de la tierra subían cálidos olores, con el hálito desahogado de la caída de la tarde. Al pie de la terraza de la finca aparecía la vía férrea, las primeras dependencias de la estación, cuyos edificios se divisaban á lo lejos; después, una línea de árboles que, al través de la árida y dilatada llanura, indicaba el curso del Viorne, más allá del cual subían las pendientes

de Santa Marta, tierras rojizas plantadas de olivos, cortadas en escalones por muros de piedra seca y coronadas de sombríos pinares: ancho anfiteatro desolado, devorado por las solaneras, de un tono de ladrillo viejo, y guarnecido, allá en lo alto, de una franja de verde oscuro. A la izquierda se abrían las gargantas de la Seille, derrumbamientos de pedruscos amarillos acumulados en medio de tierras sanguinolentas, al pie de una inmensa barrera de peñascos, semejante á un gigantesco murallón de fortaleza. Hacia la derecha, á la entrada misma del valle por donde corría el Viorne, escalonábanse los tejados descoloridos de Plassans, de un tinte rosa: enmarañado hacinamiento de ciudad vieja, por donde asomaban copas de olmos añosos, y sobre el cual descollaba la elevada torre de San Saturnino, solitaria y serena en aquellas horas, al resplandor del oro límpido de la puesta del sol.

—¡Ah, Dios!—dijo lentamente Clotilde.— ¡Se necesita ser orgulloso para creer que podemos cogerlo todo con la mano y que vamos á conocer todas las cosas!

Pascual acababa de subir á la silla para cerciorarse de que no faltaba ningún legajo. Luego, recogiendo el trozo de mármol, vol-

vió á colocarlo en la tabla, y después de cerrar el armario de golpe, se guardó la llave en el bolsillo.

—Sí—repuso:— ¡procurar conocerlo todo, y no romperse los cascos con lo que no conocemos, con lo que, de seguro, no conoceremos nunca!

Martina se había aproximado de nuevo á Clotilde para apoyarla, para demostrar que las dos hacían causa común. Ahora el doctor reparaba también en ella, y veía á una y á otra identificadas por el mismo designio de conquista. Tras años de tentativas disimuladas, venía al fin la guerra abierta, el conflicto del sabio cuando descubre que los suyos se vuelven contra su pensamiento con amenazas de exterminio. ¡Dónde hay mayor tortura que tener la traición dentro de la propia casa, en torno de uno mismo, viéndose acosado, desposeído, aniquilado por las personas queridas y que nos quieren!

Tal fué la idea que de pronto le asaltó.

—¡Y las dos me queréis, á pesar de todo!

Notó que se nublaban de lágrimas los ojos de ambas mujeres, y experimentó infinita tristeza en medio de aquel declinar tan apacible de un día sereno. Toda su alegría, toda su bondad, que tenían por fuente su

pasión por la vida, acababan de sufrir rudo golpe.

—¡Ah, querida mía! ¡Y tú, pobreta! Lo hacéis creyendo labrar mi felicidad, ¿no es así? Pero ¡ay! ¡Qué desgraciados vamos á ser!

II

Al día siguiente, Clotilde se despertó á las seis de la mañana. Se había acostado enfadada con el doctor á consecuencia del pique de la vispera, y sus primeras impresiones fueron un sentimiento de malestar, una pena sorda, una necesidad inmediata de hacer las paces para quitarse de encima aquel enorme peso.

Echándose al suelo ligera, fué á entreabrir las hojas de las dos ventanas. El sol, ya alto, proyectó en la pieza dos barras de oro. La clara mañana enviaba frescos efluvios de alegría á la estancia soñolienta, empapada en sano olor de juventud. La joven, sentada ahora á la orilla del colchón, se quedó pensativa un instante, sin más vestidura que su estrecha camisa, que parecía adelgazarla más aún, con sus canillas prolongadas como husos; su esbelto y fornido tronco, su pecho y cuello redondeados, sus